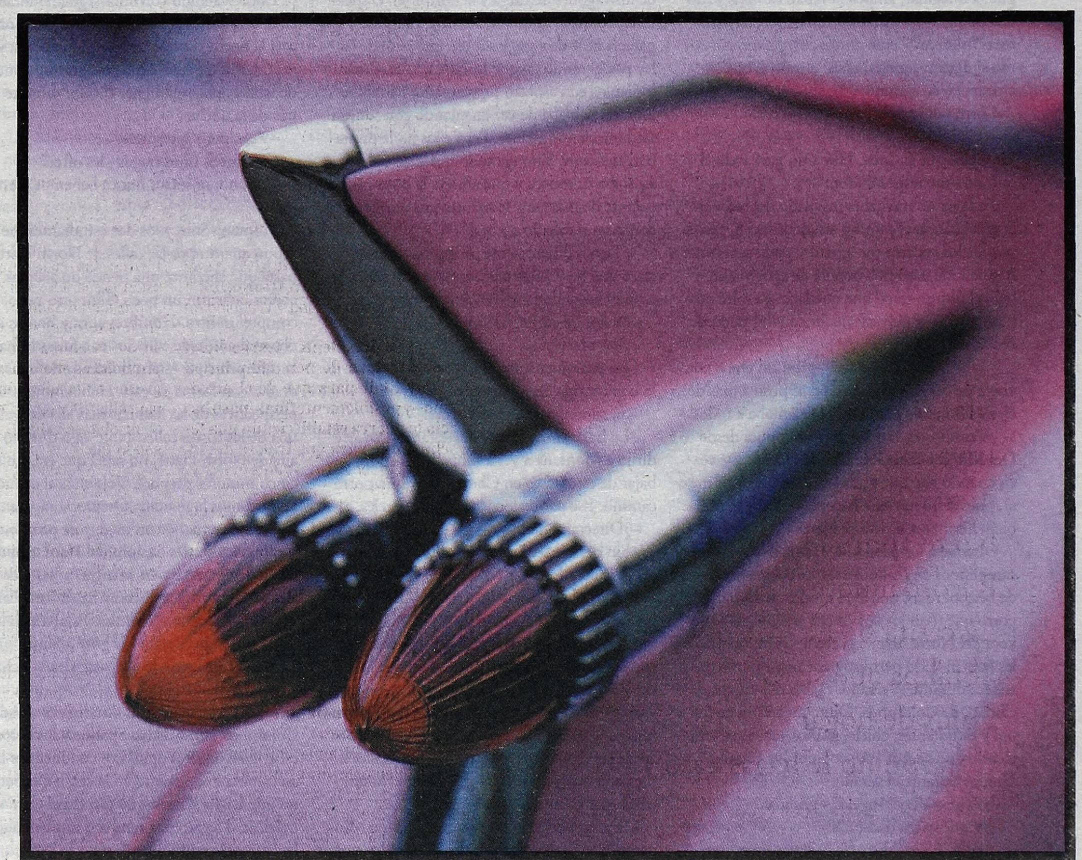
HACER DEDO



Por Rodrigo Fresán

El Big Bang de una bomba en el desierto de Nuevo México hizo estallar muchas cosas además del átomo. Una de ellas fue la Tercera y Fría Guerra Mundial que –recién acabada la Segunda– heló de miedo al norteamericano promedio y prendió fuego en las mentes y cuerpos de norteamericanos fuera de toda estadística. Así, el nombre del satélite soviético Sputnik degeneró en el nombre de los beatniks, una nueva y flamante tribu que recuperaban los antiguos preceptos de Emerson, Whitman y Thoreaux para combinarlos con jazz, alcohol, zen y drogas.

Y salir a hacer dedo al camino.

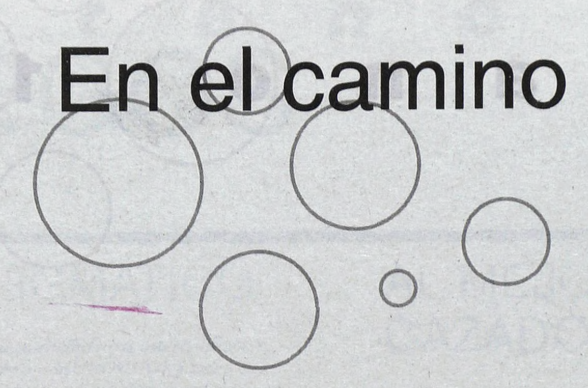
El movimiento perpetuo y azaroso –saltar de una Coast a la otra sin plan ni horario– es uno de los pilares de la cultura beatnik y acaso sea, más allá de lo literario, el legado más poderoso que nos han dejado, que continúa vigoroso e inquieto por nuestros días y que, nada hace pensar lo contrario, seguirá existiendo cuando California, Europa o México hayan sido suplantados por las lunas de Júpiter como santuario lejano. De acuerdo, la idea del viaje como forma iniciática existía antes de los beatniks; pero nadie la había escrito tan bien y a tanta velocidad antes que ellos. Y después.

Así, el "hacer dedo" es parte fundamental, rito obligatorio, ceremonia indispensable y, sí, los beatniks modifican el concepto burgués que se tenía hasta entonces y que hacía estragos entre la nueva burguesía uniforme de todos esos hombres jóvenes que habían pasado de las playas de Normandía a una casita familiar en los suburbios sin una franja de diversión loca en el medio. Si la sociedad enseñaba que el placer del viaje residía en ese destino elegido de antemano y programado al detalle con la ayuda de un agente de turismo, entonces los beatniks respondían con el novedoso concepto que lo que menos importaba era llegar: lo más apasionante estaba en esa zona fantasma entre la A y la B, en las ocurrencias inesperadas del viaje, en todo aquello que podía llegar a sucederte y acababa sucediéndote en el camino.

La novela-biblia de Jack Kerouac (1922-1969) aparecida en 1957 no sólo fue, es y sigue siendo el más acabado y perfecto talismán a la hora de aprender los secretos de viajar con tracción a pulgar sino que, también, es un gran libro. Un texto-ticket cuya lectura produce, es inevitable, las ganas de salir a la carretera y quedarse ahí hasta que pase alguien y algo pase. El que no la leyó durante su juventud, lo siento, no fue joven. Hoy, hasta hay guías de turismo –ver la serie *The Hitch-Hiker's Guides*– que recuperan su espíritu audaz y que, seguro, provocan la desesperación de madres temerosas ente la suerte caminera de sus hijos.

Los hijos de los beatniks fueron los hippies. Pero ya no era lo mismo: los hippies se conformaban con flotar; los beatniks volaban.

En el camino



Por Jack Kerouac

Iba a comenzar el más grande trayecto de mi vida. Un camión con una plataforma detrás y unos seis o siete tipos desparramados por encima de ella, y los conductores, dos jóvenes granjeros rubios de Minnesota, recogían a todo el que se encontraba en la carretera: la más sonriente y agradable pareja de patanes que se pueda imaginar; ambos llevaban camisas y monos de algodón, sólo eso; ambos tenían poderosas muñecas y eran animados, y sonreían como si dijeran ¿qué tal estás? a todo el que se cruzara en su camino.

Corrí, salté a la caja y dije:

–¿Hay sitio?

–Claro que sí, sube. Hay sitio para todo el mundo –me respondieron.

Todavía no me había instalado del todo en la caja cuando el camión arrancó; vacilé, pero uno de los viajeros me agarró y pude sentarme. Alguien me pasó una botella de aguardiente y bebí el último trago que quedaba. Respiré profundamente el aire salvaje, lírico y húmedo de Nebraska.

–¡UUUUiii, allá vamos! –gritó un chico con visera de béisbol, y el camión se puso a más de cien kilómetros por hora y adelantaba a todos.

–Venimos en este cacharro hijoputa desde Des Moines. Estos tipos nunca paran. De vez en cuando hay que gritarles que queremos mear, pues si no hay que hacerlo al aire y agarrarse bien, hermano, agarrarse bien.

Observé a los pasajeros. Había dos jóvenes campesinos de Dakota del Norte con viseras de béisbol rojas, que es el modelo habitual de gorro que usan los chicos campesinos de Dakota del Norte. Iban a la recolección; sus viejos les habían dado permiso para andar por la carretera durante el verano. Había dos chicos de ciudad, de Columbus, Ohio, jugadores de fútbol y estudiantes, chicle, guiños, cánticos, y diciendo que hacían autostop por los Estados Unidos durante el verano.

–¡Vamos a Los Angeles! –gritaron.

–¿Y qué vais a hacer allí?

–Joder, no lo sabemos. Además, ¿eso qué importa?

Después estaba un individuo alto y delgado que tenía una mirada atravesada.

–¿De dónde eres? –le pregunté. Estaba tumbado junto a él; se volvió lentamente hacia mí, abrió la boca, y dijo:

–Mon-ta-na.

Finalmente estaban Mississippi Gene y su compañero. Mississippi Gene era un chico moreno y bajo que recorría el país en trenes de carga, un vagabundo de unos treinta años con aspecto juvenil; tanto que resultaba imposible determinar qué edad tenía exactamente. Se sentaba con las piernas cruzadas, observando la pradera sin decir nada durante cientos de kilómetros. En una ocasión se volvió hacia mí y dijo:

–¿Tú adónde vas?

Dije que a Denver:

–Tengo una hermana allí pero no la he visto desde hace bastantes años. –Su hablar era melodioso y pausado. Era tranquilo. Su compañero era un chico de dieciséis años alto y rubio, también con harapos de vagabundo; es decir, llevaban ropa muy vieja que se había puesto negra con el hollín de los trenes y la suciedad de los vagones de carga y el dormir en el suelo. El chico rubio también era muy tranquilo y parecía huir de algo, y supuse que sería de la ley por el modo en que miraba y humedecía los labios con aspecto preocupado. Montana Slim les hablaba de vez en cuando con sonrisa sardónica e insinuante. Pero ellos no le prestaban atención. Slim era todo insinuación. Me asustaba su mueca y que abriera la boca justo delante de mi cara y la mantuviera semiabierta como un retrasado mental.

–¿Tienes dinero? –me preguntó. –Coño, claro que no. Quizá para comprar un poco de whisky hasta llegar a Denver. ¿Y tú?

–Sé dónde conseguirlo.

–¿Dónde?

–En cualquier sitio. Siempre puedes hacértelo con un tipo en la carretera, ¿no crees?

–Sí, supongo que tú sí puedes.

–Lo haría si realmente necesitara pasta. Me dirijo a Montana a ver a mi padre. Tendré que bajar de este trasto en Cheyenne y tomar otro camino. Ese par de locos va a Los Angeles.

–¿Directamente?

–Sin detenerse. Si quieres ir a LA has subido al vehículo adecuado.

Medité el asunto; la idea de zumbar toda la noche a través de Nebraska, Wyoming y el desierto de Utah por la mañana, y después lo más probable que el desierto de Nevada por la tarde, y llegar a LA en un espacio de tiempo previsible casi me hizo cambiar de planes. Pero tenía que ir a Denver. También me tenía que apear en Cheyenne, y hacer autostop hacia el sur para recorrer los cientos cincuenta kilómetros hasta Denver.

Me alegré cuando los dos granjeros de Minnesota dueños del camión decidieron detenerse a comer en North Platte; quería echarles una ojeada. Salieron de la cabina y nos sonrieron.

–A mear tocan –dijo uno.

–Parada y fonda –dijo el otro.

Pero eran los únicos del grupo que tenían dinero para comer. Todos nos arrastramos detrás de ellos hasta un restaurante atendido por un grupo de mujeres, y nos sentamos ante unas hamburguesas y unas tazas de café mientras ellos tragaban platos rebosantes como si estuvieran de vuelta en la cocina de su madre. Eran hermanos; transportaban maquinaria agrícola de Los Angeles a Minnesota y hacían su buena pasta. En su viaje de vacío a la costa recogían a cuantos se encontraban en la carretera. Ya lo habían hecho otras cinco veces; les divertía muchísimo. De hecho, todo les gustaba. Nunca dejaban de sonreír. Intenté hablar con ellos –una especie de estúpido intento de trabar amistad con los capitanes del barco– y sus únicas respuestas fueron dos cordiales sonrisas y unos blancos dientes enormes de comedores de cereales.

Todos nos habíamos unido a ellos en el restaurante excepto los dos vagabundos, Gene y su chico. Cuando volvimos seguían sentados en el camión tristes y desconsolados. Ahora caía la noche. Los conductores fumaban; yo expuse mis deseos de ir a comprar una botella de whisky para mantener el calor durante el frío de la noche.

–Vete, pero apresúrate.

–Tomaréis unos tragos –les ofrecí.

–No, no, nosotros nunca bebemos. Pero vete.

Montana Slim y los dos estudiantes me acompañaron por las calles de North Platte hasta que encontré una tienda de bebidas. Los chicos bebieron un poco, Slim otro poco, y yo compré un litro. Hombres altos y hoscos nos observaban desde edificios con falsas fachadas; la calle principal estaba bordeada de casas cuadradas con forma de caja. Había inmensas perspectivas de las llanuras más allá de cada una de las tristes calles. Noté algo distinto en el aire de North Platte, no sabía qué era. Lo supe cinco minutos después. Volvimos al camión y reanudamos la marcha. Oscurecía rápidamente. Todos tomamos un trago y de pronto miré y vi que los verdes campos del Platte empezaban a desaparecer y en su lugar, y hasta donde alcanzaba la vista, aparecía una enorme llanura esteparia de arena y artemisa. Estaba atónito.

–¿Qué coño es esto? –le grité a Slim.

–Es el comienzo de los pastizales, muchacho. Pásame otro trago.

–¡Yupiii! –aullaron los estudiantes–. ¡Adiós Columbus! ¡Qué dirían Sparkie y los chicos si estuvieran aquí? ¡Yupiii! Los conductores habían cambiado de puesto en la cabina; el hermano que estaba descansado forzaba el camión al máximo. La carretera también cambió: abombada por el centro, blanda a los lados y con una zanja de más de un metro de profundidad bordeándola, así que el camión saltaba y oscilaba de un lado de la carretera al otro –milagrosamente sólo cuando no había coches que vinieran en dirección opuesta– y pensé que íbamos a dar un salto mortal. Pero eran unos conductores tremendos. ¡Cómo superó el camión la cresta de Nebraska! (la cresta que se hunde hacia Colorado). Y enseguida me di cuenta de que de hecho ya estaba casi en Colorado, aunque no de modo oficial, pero mirando al sudoeste el propio Denver estaba a unos pocos cientos de kilómetros. Grité de alegría. La botella circuló. Salieron estrellas resplandecientes, las colinas de arena estaban cada vez más lejos y se hicieron borrosas. Me sentí igual que una flecha disparada camino del blanco.

Y, de pronto, Mississippi. Gene se volvió hacia mí saliendo de su letargo y estirando las piernas, y abrió la boca, y se inclinó y dijo:

–Estas llanuras me recuerdan a Texas.

–¿Eres de Texas?

–No, señor, soy de Green-vell, Muss-sippy. –Y ése fue el modo en que lo dijo.

–¿De dónde es el chico?

–Se metió en líos allá en Mississippi, así que me ofrecí a ayudarle a largarse. Nunca ha estado del todo en sus cabales. Cuido de él lo mejor que puedo, sólo es un niño.

Aunque Gene era blanco tenía algo de viejo negro cansado y sabio, y también mucho de Elmer Hassel, el adicto a las drogas neoyorquino, pero un Hassel de trenes, un Hassel viajero épico, cruzando y volviendo a cruzar el país todos los años, hacia el Sur en invierno y hacia el Norte en verano, y eso sólo porque no podía quedarse en un sitio sin cansarse enseguida de él y porque no había adónde ir excepto a todas partes, y tenía que mantenerse bajo las estrellas, por lo general las estrellas del Oeste.

–He estado en Og-den un par de veces. Si usted quiere ir a Og-den tengo algunos amigos que podrían alojarle.

–Voy a Denver desde Cheyenne.

–¡Coño! Vaya derecho hasta allí, no se hace un viaje como éste todos los días.

Esta también era una oferta tentadora. ¿Qué había en Ogden?

–¿Qué es Ogden? –pregunté.

–Es el sitio por el que pasa la mayoría de los muchachos y siempre hay amigos allí; uno puede encontrarse a cualquiera.

Años antes yo había navegado con un tipo alto y huesudo de Louisiana que se llamaba Big Slim Hazard, William Holmes Hazard, que era vagabundo por afición. De niño había visto a un vagabundo pedirle a su madre un poco de pastel, y ella se lo dio, y cuando el vagabundo se había marchado carretera abajo, el niño dijo:

–Mamá, ¿quién era ése?

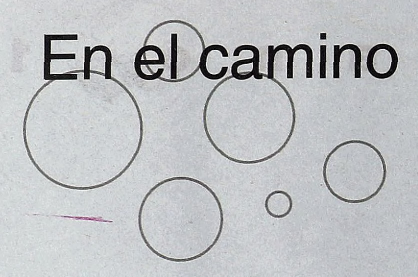
–Era un vagabundo.

–Mamá, yo también seré vagabundo.

–No digas tonterías niño, eso no es para los Hazards.

Pero él nunca olvidó aquel día, y cuando se hizo mayor, y tras un breve período de jugador de fútbol en la universidad de Louisiana, se hizo vagabundo. Big Slim y yo pasamos muchas noches contándonos historias y escupiendo tabaco de mascar en bolsas de papel. Había algo en Mississippi Gene que me recordaba tanto a Big Slim Hazard, que le pregunté:

En el camino



Por Jack Kerouac

Iba a comenzar el más grande trayecto de mi vida. Un camión con una plataforma detrás y unos seis o siete tipos desparramados por encima de ella, y los conductores, dos jóvenes granjeros rubios de Minnesota, recogían a todo el que se encontraba en la carretera: la más sonriente y agradable pareja de patanes que se pueda imaginar; ambos llevaban camisas y monos de algodón, sólo eso; ambos tenían poderosas muñecas y eran animados, y sonreían como si dijeran ¿qué tal estás? a todo el que se cruzara en su camino.

Corrí, salté a la caja y dije:

–¿Hay sitio?

–Claro que sí, sube. Hay sitio para todo el mundo –me respondieron.

Todavía no me había instalado del todo en la caja cuando el camión arrancó; vacilé, pero uno de los viajeros me agarró y pude sentarme. Alguien me pasó una botella de aguardiente y bebí el último trago que quedaba. Respiré profundamente el aire salvaje, lírico y húmedo de Nebraska.

–¡UUUUiii, allá vamos! –gritó un chico con visera de béisbol, y el camión se puso a más de cien kilómetros por hora y adelantaba a todos.

–Venimos en este cacharro hijoputa desde Des Moines. Estos tipos nunca paran. De vez en cuando hay que gritarles que queremos mear, pues si no hay que hacerlo al aire y agarrarse bien, hermano, agarrarse bien.

Observé a los pasajeros. Había dos jóvenes *campesinos de Dakota del Norte con viseras* de béisbol rojas, que es el modelo habitual de gorro que usan los chicos campesinos de Dakota del Norte. Iban a la recolección; sus viejos les habían dado permiso para andar por la carretera durante el verano. Había dos chicos de ciudad, de Columbus, Ohio, jugadores de fútbol y estudiantes, chicle, guiños, cánticos, y diciendo que hacían autostop por los Estados Unidos durante el verano.

–¡Vamos a Los Angeles! –gritaron.

–¿Y qué vais a hacer allí?

–Joder, no lo sabemos. Además, ¿eso qué importa?

Después estaba un individuo alto y delgado que tenía una mirada atravesada.

–¿De dónde eres? –le pregunté. Estaba tumbado *junto a él; se volvió lentamente hacia mí,* abrió la boca, y dijo:

–Mon-ta-na.

Finalmente estaban Mississippi Gene y su compañero. Mississippi Gene era un chico moreno y bajo que recorría el país en trenes de carga, un vagabundo de unos treinta años con aspecto juvenil; tanto que resultaba imposible determinar qué edad tenía exactamente. Se sentaba con las piernas cruzadas, observando la pradera sin decir nada durante cientos de kilómetros. En una ocasión se volvió hacia mí y dijo:

–¿Tú adónde vas?

Dije que a Denver:

–Tengo una hermana allí pero no la he visto desde hace bastantes años. –Su hablar era melodioso y pausado. Era tranquilo. Su compañero era un chico de dieciséis años alto y rubio, también con harapos de vagabundo; es decir, llevaban ropa muy vieja que se había puesto negra con el hollín de los trenes y la suciedad de los vagones de carga y el dormir en el suelo. El chico rubio también era muy tranquilo y parecía huir de algo, y supuse que sería de la ley por el modo en que miraba y humedecía los labios con aspecto preocupado. Montana Slim les hablaba de vez en cuando con sonrisa sardónica e insinuante. Pero ellos no le prestaban atención. Slim era todo insinuación. Me asustaba *su mueca y* que abriera la boca justo delante de mi cara y la mantuviera semiabierta como un retrasado mental.

–¿Tienes dinero? –me preguntó. –Coño, claro que no. Quizá para comprar un poco de whisky hasta llegar a Denver. ¿Y tú?

–Sé dónde conseguirlo.

–¿Dónde?

–En cualquier sitio. Siempre puedes hacértelo con un tipo en la carretera, ¿no crees?

–Sí, supongo que tú sí puedes.

–Lo haría si realmente necesitara pasta. Me dirijo a Montana a ver a mi padre. Tendré que bajar de este trasto en Cheyenne y tomar otro camino. Ese par de locos va a Los Angeles.

–¿Directamente?

–Sin detenerse. Si quieres ir a LA has subido al *vehículo* adecuado.

Medité el asunto; la idea de zumbar toda la noche a través de Nebraska, Wyoming y el desierto de Utah por la mañana, y después lo más probable que el desierto de Nevada por la tarde, y llegar a LA en un espacio de tiempo previsible casi me hizo cambiar de planes. Pero tenía que ir a Denver. También me tenía que apear en Cheyenne, y hacer autostop hacia el sur para recorrer los cientos cincuenta kilómetros hasta Denver.

Me alegré cuando los dos granjeros de Minnesota dueños del camión decidieron detenerse a comer en North Platte; quería echarles una ojeada. Salieron de la cabina y nos sonrieron.

–A mear tocan –dijo uno.

–Parada y fonda –dijo el otro.

Pero eran los únicos del grupo *que tenían* dinero para comer. Todos nos arrastramos detrás de ellos hasta un restaurante atendido por un grupo de mujeres, y nos sentamos ante unas hamburguesas y unas tazas de café mientras ellos tragaban platos rebosantes como si estuvieran de vuelta en la cocina de su madre. Eran hermanos; transportaban maquinaria agrícola de Los Angeles a Minnesota y hacían su buena pasta. En su viaje de vacío a la costa recogían a cuantos se encontraban en la carretera. Ya lo habían hecho otras cinco veces; les divertía muchísimo. De hecho, todo les gustaba. Nunca dejaban de sonreír. Intenté hablar con ellos –una especie de estúpido intento de trabar amistad con los capitanes del barco– y sus únicas respuestas fueron dos cordiales sonrisas y unos blancos dientes enormes de comedores de cereales.

Todos nos habíamos unido a ellos en el restaurante excepto los dos vagabundos, Gene y su chico. Cuando volvimos seguían sentados en el camión tristes y desconsolados. Ahora caía la noche. Los conductores fumaban; yo expuse mis deseos de ir a comprar una botella de whisky para mantener el calor durante el frío de la noche.

–Vete, pero apresúrate.

–Tomaréis unos tragos –les ofrecí.

–No, *no, nosotros nunca* bebemos. Pero vete.

Montana Slim y los dos estudiantes me acompañaron por las calles de North Platte hasta que encontré una tienda de bebidas. Los chicos bebieron un poco, Slim otro poco, y yo compré un litro. Hombres altos y hoscos nos observaban desde edificios con falsas fachadas; la calle principal estaba bordeada de casas cuadradas con forma de caja. Había inmensas perspectivas de las llanuras más allá de cada una de las tristes calles. Noté algo distinto en el aire de North Platte, no sabía qué era. Lo supe cinco minutos después. Volvimos al camión y reanudamos la marcha. Oscurecía rápidamente. Todos tomamos un trago y de pronto miré y vi que los verdes campos del Platte empezaban *a desaparecer y en su lugar, y* hasta donde alcanzaba la vista, aparecía una enorme llanura esteparia de arena y artemisa. Estaba atónito.

–¿Qué coño es esto? –le grité a Slim.

–Es el comienzo de los pastizales, muchacho. Pásame otro trago.

–¡Yupiii! –aullaron los estudiantes–. ¡Adiós Columbus! ¿Qué dirían Sparkie y los chicos si estuvieran aquí? ¡Yupiii! Los conductores habían cambiado de puesto en la cabina; el hermano que estaba descansado forzaba el camión al máximo. La carretera también cambió: abombada por el centro, blanda a los lados y con una zanja de más de un metro de profundidad bordeándola, así que el camión saltaba y oscilaba de un lado de la carretera al otro –milagrosamente sólo cuando no había coches que vinieran en dirección opuesta– y pensé que íbamos a dar un salto mortal. Pero eran unos conductores tremendos. ¡Cómo superó el camión la cresta de Nebraska! (la cresta que se hunde hacia Colorado). Y enseguida me di cuenta de que de hecho ya estaba casi en Colorado, aunque no de modo oficial, pero mirando al sudoeste el propio Denver estaba a unos pocos cientos de kilómetros. Grité de alegría. La botella circuló. Salieron estrellas resplandecientes, las colinas de arena estaban cada vez más lejos y se hicieron borrosas. Me sentí igual que una flecha disparada camino del blanco.

Y, de pronto, Mississippi. Gene se volvió hacia mí saliendo de su letargo y estirando las piernas, y abrió la boca, y se inclinó y dijo:

–Estas llanuras me recuerdan a Texas.

–¿Eres de Texas?

–No, señor, soy de Green-vell, Muss-sippy. –Y ése fue el modo en que lo dijo.

–¿De dónde es el chico?

–Se metió en líos allá en Mississippi, así que me ofrecí a ayudarle a largarse. Nunca ha estado del todo en sus cabales. Cuido de él lo mejor que puedo, sólo es un niño.

Aunque Gene era blanco tenía algo de viejo negro cansado y sabio, y también mucho de Elmer Hassel, el adicto a las drogas neoyorquino, pero un Hassel *de trenes, un Hassel viajero* épico, cruzando y volviendo a cruzar el país todos los años, hacia el Sur en invierno y hacia el Norte en verano, y eso sólo porque no podía quedarse en un sitio sin cansarse enseguida de él y porque no había adónde ir excepto a todas partes, y tenía que mantenerse bajo las estrellas, por lo general las estrellas del Oeste.

–He estado en Og-den un par de veces. Si usted quiere ir a Og-den tengo algunos amigos que *podrían alojarle.*

–Voy a Denver desde Cheyenne.

–¡Coño! Vaya derecho hasta allí, no se hace un viaje como éste todos los días.

Esta también era una oferta tentadora. ¿Qué había en Ogden?

–¿Qué es Ogden? –pregunté.

–Es el sitio por el que pasa la mayoría de los muchachos y siempre hay amigos allí; uno puede encontrarse a cualquiera.

Años antes yo había navegado con un tipo alto y huesudo de Louisiana que se llamaba Big Slim Hazard, William Holmes Hazard, que era vagabundo por afición. De niño había visto a un vagabundo pedirle a su madre un poco de pastel, y ella se lo dio, y cuando el vagabundo se había marchado carretera abajo, el *niño dijo:*

–Mamá, ¿quién era ése?

–Era un vagabundo.

–Mamá, yo también seré vagabundo.

–No digas tonterías niño, eso no es para los Hazards.

Pero él nunca olvidó aquel día, y cuando se hizo mayor, y tras un breve período de jugador de fútbol en la universidad de Louisiana, se hizo vagabundo. Big Slim y yo pasamos muchas noches contándonos historias y escupiendo tabaco de mascar en bolsas de papel. Había algo en Mississippi Gene que me recordaba tanto a Big Slim Hazard, que le pregunté:

–¿No habrás conocido por casualidad a un tipo llamado Big Slim Hazard?

–¿Se refiere usted a un tipo que se ríe mucho? –preguntó.

–Bueno, eso suena un poco a él. Era de Ruston, Louisiana.

–Eso es. Louisiana Slim le llamaban a veces. Sí, señor, he conocido a Big Slim.

–¿Solía trabajar en los yacimientos de petróleo del Este de Texas?

–El Este de Texas, así es. Y ahora se dedica a marcar ganado.

Y eso era exacto; pero todavía no podía creer que Gene hubiera conocido realmente a Slim, a quien yo había buscado, más o *menos, durante años.*

–¿Y solía trabajar en los remolcadores de Nueva York?

–Bueno, eso no lo sé.

–Supongo que sólo lo conociste en el Oeste.

–Así parece. Yo nunca he estado en Nueva York.

–Bueno, maldita sea, me asombra que lo conozcas. Este es un país muy grande. Sin embargo, sé que debes de haberlo conocido.

–Sí, señor, conozco a Big Slim perfectamente. Siempre generoso con su dinero; cuando lo tiene, claro. De mal genio, un tipo duro, también. Le he visto tumbar a un policía en los *depósitos del ferrocarril de Cheyenne, y de un* solo puñetazo.

Eso sonaba mucho a Big Slim; siempre practicaba golpes de boxeo en el aire; se parecía un poco a Jack Dempsey, pero a un Jack Dempsey joven que bebía bastante.

–¡Maldición! –grité al viento, y tomé otro trago, y me sentía muy bien. Cada trago era bañado por el viento en aquel camión abierto, desaparecían sus malos efectos, y los buenos penetraban en mi estómago–. ¡Cheyenne, allá voy! –canté–. Denver espera a tu chico.

Slim Montana se volvió hacia mí, señaló mis zapatos y comentó:

–Se supone que si pones esas cosas en el suelo crecerá algo, ¿no? –sin soltar ni una sonrisa, claro, y los demás al oírle se echaron a reír.

Y es que eran los zapatos más absurdos de toda América; los llevaba concretamente porque no quería que me sudaran los pies en la ardiente carretera y, excepto cuando la lluvia del Monte del Oso, demostraron ser los mejores zapatos posibles para un viaje como el mío. Así que me uní a sus risas. Y los zapatos ya estaban por entonces muy gastados, las tiras de cuero de colores levantadas como rodajas de piña y mis dedos asomados a través de ellas. Bueno, tomé otro trago y me reí. Como en sueños pasamos zumbando por pequeños pueblos y cruces de carreteras que brotaban de la oscuridad y junto a largas hileras de braceros y vaqueros en la noche. Nos veían pasar con un movimiento de cabeza y nosotros les veíamos golpearse los muslos desde la renovada oscuridad del otro lado del pueblo: éramos un grupo extraño de ver.

Había un montón de hombres en el campo durante esta época del año. Los chicos de Dakota estaban inquietos.

–Creo que nos bajaremos en la próxima parada para mear; parece que por aquí hay montones de trabajo –dijo uno de ellos.

–Lo único que tenéis que hacer es dirigiros al Norte cuando se termine por aquí –les aconsejó Montana Slim–, y seguir la cosecha hasta llegar a Canadá. –Los chicos asintieron vagamente; no parecía que les interesara demasiado *aquel consejo.*

Entretanto, el chico rubio fugitivo seguía sentado igual que siempre; de vez en cuando Gene abandonaba su trance budista sobre las sombrías praderas y decía algo cariñoso al oído del chico. El chico asentía. Gene cuidaba de él, de su estado de ánimo y de sus temores. Yo me preguntaba adónde coño irían y qué coño harían. No tenían pitillos. Derroché mi paquete con ellos. Me gustaban. Eran agradecidos y amables. Nunca pedían y yo seguía ofreciéndoles. Montana Slim también tenía un paquete pero nunca ofrecía. Pasamos zumbando por otro pueblo; pasamos junto a otra hilera de hombres altos y flacos con pantalones vaqueros arracimados en la penumbra como mariposas alrededor de la luz, y regresamos a la tremenda *oscuridad, y las estrellas se mostraban encima* puras y brillantes porque el aire se hacía gradualmente más y más tenue a medida que ascendíamos la empinada pendiente de la meseta occidental, alrededor de veinte centímetros cada kilómetro, o eso decían, y sin árboles en parte alguna que ocultaran las estrellas. Y una vez vi una vaca melancólica de cabeza blanca entre la salvia del borde de la carretera cuando pasábamos a toda prisa. Era como ir en tren, justo con la misma regularidad, justo con idéntica seguridad.

Al rato llegamos a un pueblo, aminoramos la marcha, y Montana Slim dijo:

–Hora de mear. –Pero los de Minnesota no pararon y siguieron a toda marcha–. ¡Joder! Tengo que hacerlo –gritaba Slim.

–Hazlo por un lado –dijo alguien.

–Bueno, lo haré –respondió él, y lentamente, observado por todos, se fue arrastrando hasta la parte de atrás de la caja agarrándose a lo que podía, hasta que las piernas le quedaron colgado fuera. Alguien golpeó la ventanilla de la cabina para llamar la atención de los hermanos. Se desplegaron sus enormes sonrisas en cuanto se volvieron. Y justo cuando Slim estaba preparado para empezar, en la posición precaria en la que se encontraba, empezaron a hacer zigzags con el camión a más de cien kilómetros por hora. Se cayó de espaldas y durante un momento vimos un surtidor de ballena en el aire; trabajosamente consiguió sentarse de nuevo. Hicieron oscilar el camión otra vez. ¡Whaam! Montana Slim cayó de costado y se puso todo perdido. Entre el ruido del motor le oíamos soltar maldiciones como gemidos de un hombre llegando desde lejanas montañas.

–¡Cojones! ¡Me cago en la puta! –Y no se daba cuenta de que lo estaban haciendo aposta mientras se esforzaba por superar la prueba, ceñudo como el mismo Job. Cuando terminó estaba empapado, y ahora tuvo que hacer el camino de vuelta, y con expresión compungida nos miraba reír a todos, excepto el melancólico chico rubio, y a los de Minnesota, que se desternillaban en la cabina. Le tendí la botella para *que se animara un poco.*

–Conque lo estaban haciendo a propósito –dijo.

–Claro que sí.

–Bien, maldita sea, no me daba cuenta. Lo único que sabía es que también lo había hecho en Nebraska y no había tenido ni la mitad de problemas.

De repente habíamos llegado a Ogalalla, y aquí los tipos de la cabina gritaron:

–¡A mear tocan! –con gran deleite.

Slim se quedó enfadado en el camión lamentando la oportunidad perdida. Los dos chicos de Dakota nos dijeron adiós a todos y pensaban empezar su trabajo de braceros aquí. Les vimos desaparecer en la noche en dirección a las casuchas del final del pueblo donde había *luz encendida y donde, según un vigilante* nocturno de pantalones vaqueros les dijo, estaban los que podían darles trabajo. Yo tenía que comprar tabaco. Gene y el chico rubio me acompañaron para estirar un poco las piernas. Llegué al lugar más perdido del mundo, una especie de solitaria discoteca de las llanuras para los quinceañeros locales. Bailaban, algunos de ellos, a la música de una máquina. Hubo un momento de silencio cuando entramos. Gene y el rubito se quedaron quietos sin mirar a nadie; lo único que querían era tabaco. Había unas cuantas chicas bastante guapas también. Y una de ellas le puso ojos de carnero degollado al rubio y él no se dio cuenta, y si se hubiera dado cuenta no habría hecho caso; así era de triste y desamparado.

Les compré un paquete a cada uno; me dieron las gracias. El camión estaba listo para seguir. Era casi medianoche y hacía frío. Gene, que había recorrido el país más veces de las que podía contar con los dedos de manos y pies, dijo que lo mejor que podíamos hacer era meternos apretujados bajo la enorme lona o nos congelaríamos. De este modo, y con el resto de la botella, nos mantuvimos calientes mientras el aire se helaba y nos silbaba en los oídos. Las estrellas parecían volverse más y más brillantes a medida que subíamos a las grandes praderas. Ya estábamos en Wyoming. Tumbado de espaldas, contemplaba el magnífico firmamento que se congratulaba de lo bien que me iban las cosas, de lo lejos que me encontraba por fin de aquel triste Monte del Oso, y sentí un agradable cosquilleo al pensar en lo que me esperaba allá en Denver: fuera lo que fuese. Y Mississippi Gene empezó a cantar. Cantó con una voz melodiosa y tranquila, acento del delta, y era algo muy sencillo, sólo: "Tengo una chica preciosa, una dulce quinceañera, la más bonita del mundo", y lo repetía intercalando otros versos, todos hablando de lo lejos que se encontraba de ella y de cómo deseaba volver de nuevo a su lado aunque la había perdido.

–Gene, es preciosa esa canción –dije.

–Es la más bonita que sé –me respondió, sonriendo.

–*Espero que llegues adonde quieres ir y seas* feliz allí.

–Siempre me lo hago bien y voy de un sitio a otro.

Montana Slim estaba dormido. Se despertó y me dijo:

–Oye moreno, ¿qué te parece si tú y yo exploramos juntos Cheyenne esta misma noche antes de que sigas hacia Denver?

–Me parece muy bien –respondí, pues estaba bastante borracho como para hacer lo que fuera.

Cuando el camión llegó a las afueras de Cheyenne, vimos arriba las luces rojas de la emisora de radio local, y de repente estábamos abriéndonos paso en medio de una gran multitud que llenaba las dos aceras.

–Cojonudo, *es la Semana del Salvaje Oeste* –dijo Slim.

Grupos de negociantes, hombres de negocios gordos con botas altas y sombrero de alas anchas, con pesadas mujeres vestidas de vaqueras, se abrían paso a codazos y daban gritos por las aceras de madera del viejo Cheyenne; más abajo estaban las hileras de luces de los bulevares del nuevo centro de Cheyenne, pero la fiesta se centraba en la parte vieja de la ciudad. Disparaban salvas. Los salones estaban llenos hasta la puerta. Estaba asombrado y al tiempo sentía que aquello era ridículo; en mi primer viaje al Oeste estaba viendo a qué absurdos medios recurrían para mantener su orgullosa tradición. Tuvimos que saltar del camión y decir adiós; los de Minnesota no tenían ningún interés en dar una vuelta por allí. Fue triste verlos partir, y comprendí que nunca volvería a ver a ninguno de ellos, pero así eran las cosas.

–Esta noche se os va a helar el culo –les avisé–. Y mañana por la tarde vais a arder con el sol del desierto.

–Eso no me importa. Lo que quiero es salir de esta noche tan fría -dijo Gene.

Y el camión se alejó abriéndose paso entre la multitud, y nadie prestaba atención a aquellos tipos tan raros envueltos en la lona que miraban a la gente como niños pequeños desde la cuna. Vi cómo desaparecían en la noche. ●

Se reproduce por gentileza de Anagrama.



–¿No habrás conocido por casualidad a un tipo llamado Big Slim Hazard?

–¿Se refiere usted a un tipo que se ríe mucho? –preguntó.

–Bueno, eso suena un poco a él. Era de Ruston, Louisiana.

–Eso es. Louisiana Slim le llamaban a veces. Sí, señor, he conocido a Big Slim.

–¿Solía trabajar en los yacimientos de petróleo del Este de Texas?

–El Este de Texas, así es. Y ahora se dedica a marcar ganado.

Y eso era exacto; pero todavía no podía creer que Gene hubiera conocido realmente a Slim, a quien yo había buscado, más o menos, durante años.

–¿Y solía trabajar en los remolcadores de Nueva York?

–Bueno, eso no lo sé.

–Supongo que sólo lo conociste en el Oeste.

–Así parece. Yo nunca he estado en Nueva York.

–Bueno, maldita sea, me asombra que lo conozcas. Este es un país muy grande. Sin embargo, sé que debes de haberlo conocido.

–Sí, señor, conozco a Big Slim perfectamente. Siempre generoso con su dinero; cuando lo tiene, claro. De mal genio, un tipo duro, también. Le he visto tumbar a un policía en los depósitos del ferrocarril de Cheyenne, y de un solo puñetazo.

Eso sonaba mucho a Big Slim; siempre practicaba golpes de boxeo en el aire; se parecía un poco a Jack Dempsey, pero a un Jack Dempsey joven que bebía bastante.

–¡Maldición! –grité al viento, y tomé otro trago, y me sentía muy bien. Cada trago era bañado por el viento en aquel camión abierto, desaparecían sus malos efectos, y los buenos penetraban en mi estómago–. ¡Cheyenne, allá voy! –canté–. Denver espera a tu chico.

Slim Montana se volvió hacia mí, señaló mis zapatos y comentó:

–Se supone que si pones esas cosas en el suelo crecerá algo, ¿no? –sin soltar ni una sonrisa, claro, y los demás al oírle se echaron a reír.

Y es que eran los zapatos más absurdos de toda América; los llevaba concretamente porque no quería que me sudaran los pies en la ardiente carretera y, excepto cuando la lluvia del Monte del Oso, demostraron ser los mejores zapatos posibles para un viaje como el mío. Así que me uní a sus risas. Y los zapatos ya estaban por entonces muy gastados, las tiras de cuero de colores levantadas como rodajas de piña y mis dedos asomados a través de ellas. Bueno, tomé otro trago y me reí. Como en sueños pasamos zumbando por pequeños pueblos y cruces de carreteras que brotaban de la oscuridad y junto a largas hileras de braceros y vaqueros en la noche. Nos veían pasar con un movimiento de cabeza y nosotros les veíamos golpearse los muslos desde la renovada oscuridad del otro lado del pueblo: éramos un grupo extraño de ver.

Había un montón de hombres en el campo durante esta época del año. Los chicos de Dakota estaban inquietos.

–Creo que nos bajaremos en la próxima parada para mear; parece que por aquí hay montones de trabajo –dijo uno de ellos.

–Lo único que tenéis que hacer es dirigiros al Norte cuando se termine por aquí –les aconsejó Montana Slim–, y seguir la cosecha hasta llegar a Canadá. –Los chicos asintieron vagamente; no parecía que les interesara demasiado aquel consejo.

Entretanto, el chico rubio fugitivo seguía sentado igual que siempre; de vez en cuando Gene abandonaba su trance budista sobre las sombrías praderas y decía algo cariñoso al oído del chico. El chico asentía. Gene cuidaba de él, de su estado de ánimo y de sus temores. Yo me preguntaba adónde coño irían y qué coño harían. No tenían pitillos. Derroché mi paquete con ellos. Me gustaban. Eran agradecidos y amables. Nunca pedían y yo seguía ofreciéndoles. Montana Slim también tenía un paquete pero nunca ofrecía. Pasamos zumbando por otro pueblo; pasamos junto a otra hilera de hombres altos y flacos con pantalones vaqueros arracimados en la penumbra como mariposas alrededor de la luz, y regresamos a la tremenda oscuridad, y las estrellas se mostraban encima puras y brillantes porque el aire se hacía gradualmente más y más tenue a medida que ascendíamos la empinada pendiente de la meseta occidental, alrededor de veinte centímetros cada kilómetro, o eso decían, y sin árboles en parte alguna que ocultaran las estrellas. Y una vez vi una vaca melancólica de cabeza blanca entre la salvia del borde de la carretera cuando pasábamos a toda prisa. Era como ir en tren, justo con la misma regularidad, justo con idéntica seguridad.

Al rato llegamos a un pueblo, aminoramos la marcha, y Montana Slim dijo:

–Hora de mear. –Pero los de Minnesota no pararon y siguieron a toda marcha–. ¡Joder! Tengo que hacerlo –gritaba Slim.

–Hazlo por un lado –dijo alguien.

–Bueno, lo haré –respondió él, y lentamente, observado por todos, se fue arrastrando hasta la parte de atrás de la caja agarrándose a lo que podía, hasta que las piernas le quedaron colgado fuera. Alguien golpeó la ventanilla de la cabina para llamar la atención de los hermanos. Se desplegaron sus enormes sonrisas en cuanto se volvieron. Y justo cuando Slim estaba preparado para empezar, en la posición precaria en la que se encontraba, empezaron a hacer zigzags con el camión a más de cien kilómetros por hora. Se cayó de espaldas y durante un momento vimos un surtidor de ballena en el aire; trabajosamente consiguió sentarse de nuevo. Hicieron oscilar el camión otra vez. ¡Whaam! Montana Slim cayó de costado y se puso todo perdido. Entre el ruido del motor le oíamos soltar maldiciones como gemidos de un hombre llegando desde lejanas montañas.

–¡Cojones! ¡Me cago en la puta! –Y no se daba cuenta de que lo estaban haciendo aposta mientras se esforzaba por superar la prueba, ceñudo como el mismo Job. Cuando terminó estaba empapado, y ahora tuvo que hacer el camino de vuelta, y con expresión compungida nos miraba reír a todos, excepto el melancólico chico rubio, y a los de Minnesota, que se desternillaban en la cabina. Le tendí la botella para que se animara un poco.

–Conque lo estaban haciendo a propósito –dijo.

–Claro que sí.

–Bien, maldita sea, no me daba cuenta. Lo único que sabía es que también lo había hecho en Nebraska y no había tenido ni la mitad de problemas.

De repente habíamos llegado a Ogalalla, y aquí los tipos de la cabina gritaron:

–¡A mear tocan! –con gran deleite.

Slim se quedó enfadado en el camión lamentando la oportunidad perdida. Los dos chicos de Dakota nos dijeron adiós a todos y pensaban empezar su trabajo de braceros aquí. Les vimos desaparecer en la noche en dirección a las casuchas del final del pueblo donde había luz encendida y donde, según un vigilante nocturno de pantalones vaqueros les dijo, estaban los que podían darles trabajo. Yo tenía que comprar tabaco. Gene y el chico rubio me acompañaron para estirar un poco las piernas. Llegué al lugar más perdido del mundo, una especie de solitaria discoteca de las llanuras para los quinceañeros locales. Bailaban, algunos de ellos, a la música de una máquina. Hubo un momento de silencio cuando entramos. Gene y el rubito se quedaron quietos sin mirar a nadie; lo único que querían era tabaco. Había unas cuantas chicas bastante guapas también. Y una de ellas le puso ojos de carnero degollado al rubio y él no se dio cuenta, y si se hubiera dado cuenta no habría hecho caso; así era de triste y desamparado.

Les compré un paquete a cada uno; me dieron las gracias. El camión estaba listo para seguir. Era casi medianoche y hacía frío. Gene, que había recorrido el país más veces de las que podía contar con los dedos de manos y pies, dijo que lo mejor que podíamos hacer era meternos apretujados bajo la enorme lona o nos congelaríamos. De este modo, y con el resto de la botella, nos mantuvimos calientes mientras el aire se helaba y nos silbaba en los oídos. Las estrellas parecían volverse más y más brillantes a medida que subíamos a las grandes praderas. Ya estábamos en Wyoming. Tumbado de espaldas, contemplaba el magnífico firmamento que se congratulaba de lo bien que me iban las cosas, de lo lejos que me encontraba por fin de aquel triste Monte del Oso, y sentí un agradable cosquilleo al pensar en lo que me esperaba allá en Denver: fuera lo que fuese. Y Mississippi Gene empezó a cantar. Cantó con una voz melodiosa y tranquila, acento del delta, y era algo muy sencillo, sólo: "Tengo una chica preciosa, una dulce quinceañera, la más bonita del mundo", y lo repetía intercalando otros versos, todos hablando de lo lejos que se encontraba de ella y de cómo deseaba volver de nuevo a su lado aunque la había perdido.

–Gene, es preciosa esa canción –dije.

–Es la más bonita que sé –me respondió, sonriendo.

–Espero que llegues adonde quieres ir y seas feliz allí.

–Siempre me lo hago bien y voy de un sitio a otro.

Montana Slim estaba dormido. Se despertó y me dijo:

–Oye moreno, ¿qué te parece si tú y yo exploramos juntos Cheyenne esta misma noche antes de que sigas hacia Denver?

–Me parece muy bien –respondí, pues estaba bastante borracho como para hacer lo que fuera.

Cuando el camión llegó a las afueras de Cheyenne, vimos arriba las luces rojas de la emisora de radio local, y de repente estábamos abriéndonos paso en medio de una gran multitud que llenaba las dos aceras.

–Cojonudo, es la Semana del Salvaje Oeste –dijo Slim.

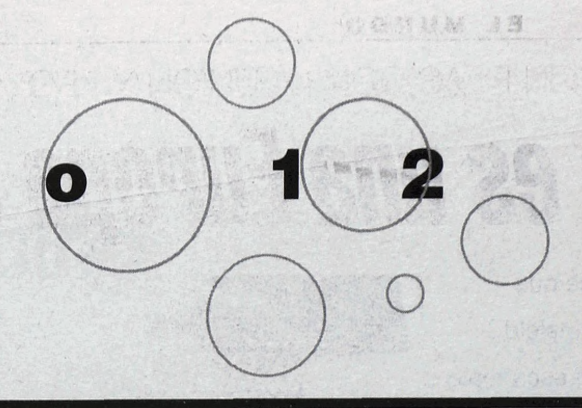
Grupos de negociantes, hombres de negocios gordos con botas altas y sombrero de alas anchas, con pesadas mujeres vestidas de vaqueras, se abrían paso a codazos y daban gritos por las aceras de madera del viejo Cheyenne; más abajo estaban las hileras de luces de los bulevares del nuevo centro de Cheyenne, pero la fiesta se centraba en la parte vieja de la ciudad. Disparaban salvas. Los salones estaban llenos hasta la puerta. Estaba asombrado y al tiempo sentía que aquello era ridículo; en mi primer viaje al Oeste estaba viendo a qué absurdos medios recurrían para mantener su orgullosa tradición. Tuvimos que saltar del camión y decir adiós; los de Minnesota no tenían ningún interés en dar una vuelta por allí. Fue triste verlos partir, y comprendí que nunca volvería a ver a ninguno de ellos, pero así eran las cosas.

–Esta noche se os va a helar el culo –les avisé–. Y mañana por la tarde vais a arder con el sol del desierto.

–Eso no me importa. Lo que quiero es salir de esta noche tan fría –dijo Gene.

Y el camión se alejó abriéndose paso entre la multitud, y nadie prestaba atención a aquellos tipos tan raros envueltos en la lona que miraban a la gente como niños pequeños desde la cuna. Vi cómo desaparecían en la noche. ●

Se reproduce por gentileza de Anagrama.



v e r a n o 1 2

JUEGOS

DAMERO ENIGMATICO

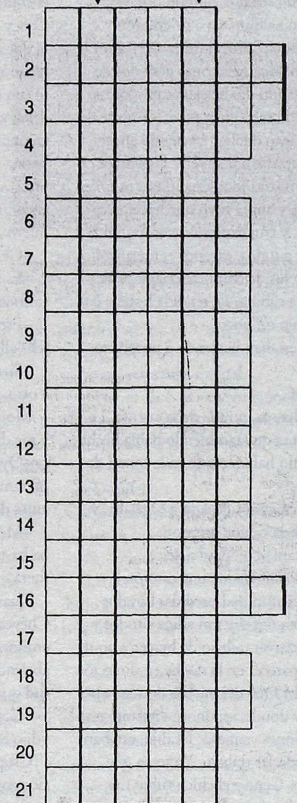
En las definiciones de este damero encontrará intercalaciones (El MORO CHOcó con el moreno = MOROCHO), juegos de palabras (Entrega en la raDA=DA), acertijos (Fue don Corleone = BRANDO) y anagramas (donde deberá buscar otra palabra con las mismas letras que una dada pero en otro orden: CAMARAS = MASCARA). Estos últimos están indicados en negrita. En las columnas señaladas aparecerá una frase. Como ayuda, van las sílabas que forman las palabras buscadas.

DEFINICIONES

1. Quita **artes.**
2. Pascual sacia su apetito en esta región europea.
3. Día a **día reto** al pasmado de frío.
4. ... imposible para Tom Cruise.
5. Potencia intelectual que acaba adverbios.
6. Por **un pie**, **M.** quedó sin castigo.
7. Separe vocal y fracción.
8. **La rocé** con ira.
9. El idioma de los jingles.
10. Vivienda violácea.
11. Rimas que hay en diversos libros.
12. Aunque **os pese**, es tupido.
13. **Estaré** tendido en el tejido de juncos.
14. Palo con pelos para pintar.
15. Dedo con los temas de un libro.
16. Héctor: tu galápago es éste.
17. Color que se puede ver des de lejos.
18. Ciudad caldea entre la aurora para la blancura.
19. **El hado** del congelado.
20. **Otras** luces del cuerpo celeste.
21. **Patos** hábiles.

SILABAS

a, a, al, Al, ap, as, bu, ce, cel, cia, có, da, de, di, do, do, es, es, ga, glés, he, im, in, ín, la, le, men, mi, mo, ne, par, pe, pin, pu, ra, ra, ra, ra, res, ri, sa, sión, so, sos, ta, te, te, te, te, tor, tos, tro, tu, ver, ver.





AL MEJOR CAZADOR...

...se le escapa la liebre. Si se acerca a ellos podrá saber sus nombres, cuántos disparos efectuó cada uno, cuál es el nombre de sus sabuesos y a qué árbol le acertó cada uno. Pero por favor, tenga cuidado.

CAZADOR: Lizardo, Nicodemo, Parmenio, Tertulio, Virgilio.
DISPAROS: 7, 8, 9, 11, 12.
PERRO: "Kelo", "Pincho", "Roque", "Sancho", "Tarasca".
ACERTO A: álamo, castaño, olmo, pino, roble.

1. Los que le acertaron al pino y al roble dispararon más de 10 veces. Nicodemo, Parmenio y Virgilio efectuaron menos disparos.
2. "Kelo", "Pincho" y "Sancho" han recogido su patita; no lo hacen así los perros de Parmenio y del que le dio al olmo.
3. "Pincho" y "Tarasca" tienen manchas oscuras. El dueño de uno de ellos le pegó al roble.
4. Quien gastó 8 proyectiles y el que agujereó el castaño usan caño corto; Lizardo, Parmenio y Tertulio lo usan largo.
5. "Kelo" y el can de Tertulio nacieron con orejas negras.
6. Nicodemo efectuó dos tiros más que el dueño de "Roque" y dos menos que aquel que le dio al pino.









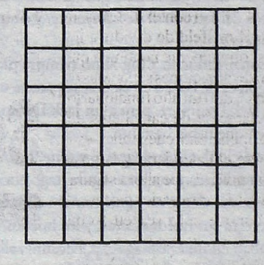


Cazador	Disparos	Perro	Acertó a

ACOMODO

Anote en cada línea horizontal la palabra correspondiente, de modo que no queden letras repetidas en las líneas verticales.

BLOC
FOLIO
HOJA
LIBRO
PAGINA
PAPEL



SOLUCIONES

AL MEJOR CAZADOR...

Lizardo, 12, "Pincho", roble.
Nicodemo, 9, "Kelo", castaño.
Parmenio, 7, "Roque", álamo.
Tertulio, 11, "Sancho", pino.
Virgilio, 8, "Tarasca", olmo.

DAMERO ENIGMATICO

1. Resta. **2.** Alsacia. **3.** Aterido. **4.** Misión. **5.** Mente. **6.** Impune. **7.** Aparte. **8.** Cólera. **9.** Inglés. **10.** Morada. **11.** Versos. **12.** Espeso. **13.** Estera. **14.** Pincel. **15.** Indice. **16.** Tortuga. **17.** Verde. **18.** Albura. **19.** Helado. **20.** Astro. **21.** Aptos.

"El tiempo no es sino el espacio entre dos recuerdos." (Henri-Fréderic Amiel)

ACOMODO

	B	L	O	C	
	F	O	L	I	O
H	O	J	A		
L	I	B	R	O	
P	A	G	I	N	A
	P	A	P	E	L